

Reservados todos los derechos, para la reproducción, total o parcial de esta obra, así como la puesta en escena de la misma sin el previo consentimiento de la Autora o de la solicitud a SGAE.

mluzdramaturga@hotmail.com
www.mariluzcruz.com

Atrapado con la vecinita en el ascensor

Mª Luz Cruz

Monólogo para él

EL.- El ascensor se paró en un piso debajo del mío, y ¡premio! entró en él la vecinita del quinto segundo. Me había tropezado con ella un par de veces en el portal, pero no habíamos cruzado palabra alguna, más que lo típico, ya sabéis, los saludos obligados por educación, hola, buenos días, buenas tardes... (*Con una pícara sonrisita*) Pero... en las dos escasas ocasiones que la vi, “mi radar” (*Hace un gesto como si llevase antenas*) se puso las pilas y le hizo rápidamente un escaneo en toda regla. (*Mirada de arriba a abajo*) De pies a cabeza. Y el resultado que sacó no estaba nada mal... pero que nada mal... Era morena, delgadita, con un trasero redondito y (*Haciendo el gesto de*

agarrar) con dos buenos pulmones... Me entendéis, ¿verdad? Vamos, ¡con dos buenas tetas!

Pero parecía mentira, lo buenorra que estaba la colega y lo poco amiga que era de dar confianzas. La vecinita era ahorrativa en palabras. Al entrar en el ascensor apenas si me dio los buenos días. Claro, que yo, le lancé (*Imitando la mirada y la sonrisa*) una mirada penetrante y luego di rienda suelta a mi mandíbula para que la deslumbrase con mi seductora e irresistible sonrisa.

Entre el tercero y el cuarto piso se fue la luz y como era de esperar el ascensor se paró de golpe. En ese momento pensé, (*Con una sonrisita mordaz*) si yo fuese un crápula, “ésta”, sería una ocasión ideal para muy diplomáticamente meter mano. ¡Vale, vale, me pasao un poco! Eh, tranquilos... que sólo ha sido una broma. (*Carraspea y se pone serio*) Yo soy todo un caballero. No hay más que verme... Que os quede bien claro, que no es mi estilo el de lanzarse a la presa como un salido. (*Dándose importancia*) A un tío con este físico, son ellas las que se le lanzan. Yo...yo no lo haría nunca, y menos si la presa... (*Con doble intención*) es joven... está muy buena... desvalida... encerrada en un ascensor... ¡Y pegando gritos! ¡Cómo gritaba la condenada! Cómo para intentar acosarla, ¡me muerde!

Esa zumbada ya podía gritar hasta quedarse afónica, allí no aparecía ni Dios para abrir el dichoso ascensor. Esa miedica me estaba acojonando. Estaba histérica, porrazo va porrazo viene con la puerta del ascensor, y gritando a todo pulmón, (*Imitándola*) ¡*sacarme de aquí que me va a dar algo, sacarme de aquí que me ahogo!* ¡Joder, con la vecinita, la fuerza tenía en ese par de pulmones! Parecía la niña del Exorcista. Sólo le faltaba que la cabeza le diese vueltas y empezase a vomitar.

Había tanto movimiento en ese ascensor que parecía el camarote de los hermanos Marx. Cuando la vecinita se cansó de aporrear la puerta, la emprendió con mi pie. Sí, con mi pie. Me llovían pisotones por todas partes. Me pisoteó me clavó el tacón, en el mismo pié, no una, ni dos, sino hasta cinco veces seguidas. ¡Joder, mi pie...! ¡Joder, tía, ten más cuidado, que me vas a dejar cojo! La amiguita parecía que estaba pisando uvas en la vendimia. ¡Me dejó el pie que ni lo sentía,¡ con el taconcito de los cojones!

Después de los pisotones, como por arte de magia se quedo callada, como muda, no la oía ni respirar. (*Estira los brazos palpando*) Estiré los brazos todo lo que me daban de sí, para ver si la tocaba, pero nada. Empezaba a preguntarme ¿Dónde se habrá metido esa chiflada? Si se ha desmayao, lo ha hecho de forma muy silenciosa, porque no la he oído caer. (*Sonrisita*) ¿Qué? Ya sé lo que estáis pensando... Que es la ocasión ideal para ejercer de buen samaritano, y hacerle el boca a boca a la macizorra de la vecinita ¿Verdad...? Pues no fue ni parecido.

Mira que yo tengo aguante, pero por un momento ¡me acojoné y todo! ¡Me entró un cague...! Creí de verdad que se estaba ahogando. Me acerqué todo lo que pude para ver si seguía en pie o se había caído redonda al suelo, ¡Bravo, la vecinita seguía en pie! ¿Lo ven? No tuvo oportunidad de hacerle el boca a boca. Tanto me acerqué que casi me doy de morros con ella. Tenía su nuca a cinco centímetros de mi nariz. ¡Qué olor, qué olor! ¡Cómo olía la vecinita! (*Imaginando*) El pelo le olía a flores del campo, ¿o era a frutas del bosque? (*Dudando*) No, no, era a brisa marina. Bueno, no sé a qué olía exactamente, no estoy muy puesto en perfumes de mujer, porque yo para no correr riesgos innecesarios prefiero regalar flores. Sólo sé que aquel perfume me transportó de golpe fuera del apestoso ascensor. (*Cambio*) Que dicho sea de paso, ya podían limpiarlo de vez en cuando, porque hacía un pestazo a naftalina que tiraba pa tras.

En todo momento traté de que mantuviese la calma, que en su caso resultaba casi misión imposible. (*Dándose importancia*) Pero yo ya era todo un experto en la materia, no podía rendirme, y me dije, ¡venga machote, adelante, vamos, utiliza todos tus armas para tranquilizar a la histérica! ¡Y así lo hice! (*Interpretando la voz*) Con voz firme y clara, para inspirarle seguridad, y con palabras “muy sencillitas”... para que en el estado de shock en el que se encontraba la colega, las pudiese entender. Le dije, tú “no tienes” que preocuparse de nada, “no tienes” motivo para tener miedo, “no estás sola” y has tenido la gran suerte de estar, ¡con todo un experto en esto de los encierros de ascensor! Tienes que tratar de calmarte, porque pueden pasar horas hasta alguien se acerque a este rellano, asome la nariz al ascensor y nos pillen aquí juntitos... Pero nada, no escuchaba. Casi aseguraría que le

causo el efecto contrario, estaba de un negativo... Con la voz entrecortada decía, (*Imitándola*) *Me falta el aire, no puedo respirar, si no me sacan pronto de aquí no creo que resista mucho tiempo en esta caja.*

Con el pié dolorido por los pisotones que me arreó, en plan de coña le solté, *oye, estás perdonada, parece que el pie sigue en su sitio, todavía no se me ha caído. Toma, un caramelo de estos,* (*Se saca uno del bolsillo*) *Para celebrar nuestra reconciliación y empezar a romper el hielo.* (*Cambio*) Pensé, a ver si chupando algo gasta la energía que le sobra y se calma un poquito aquí la amiguita... Pero a la vecinita, el hielo se le había convertido en todo un iceberg. No había manera, estaba de un despectivo... Todo eran excusas para no alargar la mano y coger el caramelo.

¡Qué desconfianza! En mi vida he visto una tía tan desconfiá. A esta, a poco que rascases se apreciaba enseguida que tenía un trauma... ¡de un par de cojones! De esos de años de psicólogo. Su madre, o su abuela, seguro le comieron el coco durante su infancia, (*Con voz de abuela de cuento*) con lo de... *Niña, no se habla con extraños, niña, no se cogen caramelos de desconocidos que te pueden envenenar.* ¡Y así estaba la pobre, confundida y con una desconfianza... Si no, a qué venía tanto miedo. Seguro que en ese momento se acordó del lavado de tarro de su familia y pensó, *este me quiere envenenar.* Lo que se hizo de rogar la colega... No me cogía el caramelo ni pa tras y harto de ofrecérselo acabé por metérselo en la boca yo mismo. Y tenéis que reconocer que soy un tío con un par... Porque con tanta desconfianza y el ataqué de pánico que tenía, corría el riesgo de que me arrancase el dedo de un mordisco.

¡Me costó dios y ayuda que soltase prenda a la vecinita! Pero muy poco a poco se iba soltando, aunque para ser sincero, parecía que las palabras se las estaba sacando con un sacacorchos. Y cuando ya empezábamos a coger un mínimo de confianza, sacó el móvil del bolso para llamar a su amiga. ¡Qué ya me diréis, para qué necesitábamos a su amiguita en ese momento tan íntimo...! Con lo bien que me había venido a mí el apagón para tenerla muy cerquita...casi pegadita a mí...

Así a oscuras, todo me resultaba más fácil, lo tenía a huevo para dejarle caer que me gustaba un montón. Tratando apuntarme un tanto, que eso con las mujeres siempre viene bien, se me ocurrió empezar la conversación de forma sensiblera, interesándome por un pobre vecino que lleva bastón. Cosa que aquí entre nosotros, a mí, ni me va ni me viene, ni su bastón, ni su pierna, ni siquiera la desgastada cadera de ese señor.

Después de la indiferente conversación sobre el vecino del bastón, volvió a las andadas y se quedó muda otra vez. Con esos silencios, trataba de hacerse la dura, pero a mí no me la pegaba, cuando encendió el móvil, a pesar de la poca luz que daba, no pudo disimular y la pillé mirándome por el rabillo del ojo. (*Dándose importancia*) No hace falta ser muy listo para percatarse de que la vecinita estaba empezando a colarse por los huesitos de un servidor.

¡Qué obsesión con el jodido móvil! En un momento que me despisté ya estaba marcando otra vez el número de su amiguita. Seguía intrigado en saber si el olor que desprendía de su pelo eran frutas, flores, o brisa marina. Olisqueaba y olisqueaba como un sabueso tratando de averiguarlo. ¡Qué olor, era como una droga! Cuanto más lo olía mas quería. Pero cuando se encendió la luz del dichoso móvil, me pilló con la trompa a menos de cinco centímetros de su melena. Rápidamente para no hacer el ridículo coloqué sobre la pantalla del móvil lo primero que saqué del bolsillo, que era ni más ni menos que la tarjeta de una compañía de seguros. Tenía que evitar por todos los medios que la luz me diese en la jeta, no podía verme la cara de besugo que tenía en ese momento. Para salir del paso me inventé un cuento chino, y aprovechando la tarjeta, sin pensarlo ni un minuto, di riendas sueltas al actor que llevo dentro y acabé bordando el papel de un particular subdirector de una importante compañía de seguros.

¡Mi madre, en que jardín me había metido yo solito! Empecé a idear productos y productos y casi me quedo solo. (*Riendo*) ¡Pero que arte tenía! En un momento había montado toda una “gran compañía” con las más novedosas pólizas. Ideé un seguro de decesos, (*Cruzando los dedos*) *Lagarto, lagarto*, que no era un seguro al uso, no, el seguro que yo había creado, tenía músicos, con la indumentaria a elegir por la familia del fiambre, y podían escoger desde

un ligero traje de hawaiano hasta el más completito traje de lagarterana. En mi compañía había creado seguros únicos para todos, incluidos los animales de compañía. Yo les premiaba su lealtad con unas sofisticadas vacaciones en un balneario con aguas preparadas específicamente para el pelaje de las sufridas mascotas. ¡Vamos, todo un chollo!

Me pidió que me apartase un poquito. (*Creído*) Y sé muy bien por qué lo hizo, después de mi magistral información sobre los productos, quedo totalmente impresionada y rendida a mis encantos, que son muchos... Pero trató de hacerse la dura para no lanzarse directamente a por mí.

¡Y dale con el móvil! Tanto insistió que acabó por cogerlo su amiguita. Estaba tan ansiosa por hablar con ella que tropezó conmigo, el aparatito se le escapó de las manos y fue a parar al suelo, intenté cogérselo rápidamente, pero ella se abalanzó sobre mí como si fuera un jugador de rugby ¡y me arreó un cabezazo que retumbó todo en el ascensor! Parecía que me habían dao con un yunque ¡Qué dolor! Aguanté heroicamente la embestida, pero mordiéndome la lengua para no soltarle a la vecinita... ¡Cabezona! ¡Menudo cabezón gastas, colega! Algo aturdido le recogí los pedazos del aparatejo y se los entregué. Al cabo del rato me salió un bollo en la frente que parecía el huevo de Colón. Ese chichón, durante toda la semanita fue el blanco de todos los chiste de mis compañeros de trabajo.

Cuando le entregué la chatarra que quedó del móvil, me aparté un poco de ella, porque mantenerse cerca empezaba a resultar peligroso. No es que me rindiese, no, es que no podía aguantar el dolor de cabeza que tenía, se me estaba despertando el leñazo y parecía que el casco por momentos se me iba a dividir en dos partes.

Aunque parezca difícil creerlo, la vecinita se quedó dormida a pierna suelta, ¡y roncando y todo! Cuando nos sacaron habían pasado más de cuatro horas. Ella, después del sueñecito que se había echado estaba fresca como una lechuga, en cambio yo, estaba hecho polvo. El pie no me lo sentía, el ojo derecho no lo podía abrir del todo y el huevo de la frente no llegó a ser como el de una gallina, pero sobrepasó al de codorniz. Me despedí de ella guardando las distancias.

Del episodio del ascensor ha pasado casi un año. Después de meditarlo llegué a la conclusión de que la histérica tenía su gracia, y me dije, qué son unos cuantos pisotones, un ojo morao y chichón casi del tamaño de un pomelo, nada, pequeñeces... Me armé de valor y me presenté en su puerta con un móvil, unas botas de punta de hierro y el casco de la moto en la cabeza (*Dándose importancia*) y como no podía ser de otra manera, acabó coladita por mí. De muda, nada de nada, habla hasta por los codos, el miedo sólo lo tiene cuando bromeo con dejarla encerrada en el ascensor. Ah, el olor de su pelo ya lo he averiguado, pero “eso” me lo reservo solo para mí.

Oscuro

M^a Luz Cruz